No tengo envidia a la vida
que vive así me duele
pues ni en mi corazón brilla
ni en mi palabra se mueve.
ni soy llama, ni ceniza,
ni leño, ni yerba verde.

Se me desangran los ojos,
- ventanas de mala muerte -
que se me van como ríos
y, como llantos, me vuelven,
sin conocer en mi carne
la tierra que los enciende.

Tengo mis labios resecos
sin luz que los alimente,
sin palabra que los moje,
ni sueño que los recuerde,
manando el mudo gemido
sombra sin voz de mi muerte.

Igual que un traje sin cuerpo
cuelga mi espacio en las sienes
de un hombre que, no es olvido,
ni forma de su presente,
ni manzana del futuro
ni memoria que lo hiere.